

# Marshall MacLuhan

JOSE M. NAVASAL

Marshall MacLuhan ha muerto semiolvidado y, en parte al menos, desacreditado. Si hubiera desaparecido 16 años antes, alrededor de 1964, habría sido aclamado como uno de los pensadores más originales de la época, explorador de una nueva sociedad agrupada alrededor del televisor. Pero quiso ir demasiado lejos y erigir toda una filosofía alrededor de un puñado de observaciones agudas. La base era feble, la estructura inestable y el mundo académico, que había vivido la fiebre del “macluhanismo”, lo castigó con un desdén exagerado.

Marshall MacLuhan fue un analista incisivo de la nueva realidad creada por la introducción en masa de la televisión. Comprendió que, después de ese fenómeno, la sociedad no podía seguir siendo igual. Las conclusiones que a partir de ese punto se obstinó en extraer pueden ser discutibles, pero el hecho no se puede refutar.

Marshall MacLuhan dijo, entre 1956 y 1968, que lo importante en esta sociedad dominada por la televisión no es el mensaje sino el medio. En otras palabras, que no importa lo que se esté captando, sino cómo llega a nuestro intelecto. El ser humano ha descubierto una nueva manera de asimilar conocimientos, y por ese solo hecho su espíritu va a funcionar en forma distinta. Con una complacencia excesiva en crear retruécanos (lo que disminuía la calidad académica de sus enseñanzas) aseveró que “el medio es el mensaje” y después, pasando más allá, agregó que “el medio es el masaje”, con lo cual quiso expresar que la televisión moldeaba y a veces deformaba el cerebro.

El libro, vehículo dominante de enseñanza hasta la aparición de los medios audiovisuales, tiene varias características que condicionan la asimilación de conocimientos. Exige que el lector esté solo y en silencio. Lo obliga a leer ordenadamente, línea tras línea y página tras página. Le permite tener un “punto de vista” frente al escritor, aceptando o disintiendo. Es el medio de comunicación ideal de la era individualista.

La radio primero y la televisión después, en forma mucho más completa, masifican a quien aprende por ellos, permiten escuchar o ver en grupo, requieren de menor concentración, descartan el silencio como requisito absoluto, crean lo que MacLuhan llamó “la aldea global”, donde los miembros de la tribu se reúnen alrededor de la fogata a escuchar al brujo.

El libro puede ser dejado de lado y retomado más tarde. Los medios audiovisuales exigen atención (aunque no concentración) permanente. Hay hogares en que se encienden temprano y permanecen en funcionamiento todo el día, aunque los residentes los escuchen o miren únicamente a ratos. Son acompañantes además de instructores o bufones.

MacLuhan sostuvo —y sólo sabremos a partir de esta década— que los niños que empezaron a ver televisión a partir de los años 60 van a ser adultos distintos a nosotros, que aprendimos del libro. Explicó la desconexión y a menudo hostilidad entre los maestros y alumnos de aquellos días con una frase brillante por lo sencillo: “A un lector de Tarzán el profesor podía describirle un elefante. Un niño que siga en televisión la serie se burlará de quien trate de decirle cómo es el animal que él ve en la pantalla todos los días”.

Los hechos han demostrado que MacLuhan tenía razón cuando señalaba la pantalla chica como el más potente aparato de persuasión de la historia. Combinada con el satélite permite al ser humano estar “con sus cinco sentidos” en cualquier parte. El televisor convence, adormece, crea monstruos y nivela hacia abajo. Pero, al mismo tiempo, difunde conocimientos que antes estaban reservados a quienes podían acumular bibliotecas.

MacLuhan no inventó nada, pero explicó mucho. Fue, como dijo un sociólogo, “una plataforma para que otros crearan”. Cuando quiso hacerlo él, edificando una filosofía sobre sus observaciones, fracasó.